

## LAS TRANSICIONES A LA DEMOCRACIA EN EUROPA DEL ESTE (\*)

### Un análisis comparado

Por CARMEN GONZALEZ ENRIQUEZ

#### SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN. LA TRANSICIÓN DESDE REGÍMENES «TOTALITARIOS».—II. LA NATURALEZA DEL CAMBIO.—III. LA CUESTIÓN NACIONAL E INTERNACIONAL.—IV. EL FACTOR MILITAR AUSENTE.—V. LOS ACTORES POLÍTICOS. ELITE COMUNISTA, PARTIDOS, «SOCIEDAD CIVIL» E IGLESIAS

#### I. INTRODUCCION.

##### LA TRANSICION DESDE REGIMENES «TOTALITARIOS»

El objetivo de este artículo es examinar, a la luz de la literatura analítica sobre transiciones a la democracia, el proceso político de crisis y cambio ocurrido en Europa oriental desde 1988, con la intención de señalar las principales diferencias entre lo sucedido en Europa del Este y las transiciones de América Latina y Europa del Sur producidas en las décadas de los años setenta y ochenta. El análisis se refiere exclusivamente al período de transición y a la naturaleza de los regímenes de partida, no así a las perspectivas actuales de consolidación de las nuevas democracias latinoamericanas y de la Europa oriental.

Excluyo del estudio a tres países que podrían considerarse integrantes del grupo: la antigua República Democrática de Alemania, por el carácter «foráneo» de su transición, es decir, la adopción de las instituciones y las normas de otro territorio; la antigua Yugoslavia, porque la guerra interna ha paralizado

---

(\*) Agradezco al profesor Rudolf Tökés sus comentarios a la primera versión de este texto.

la transición a la democracia allí donde ésta había comenzado —Eslovenia y Croacia—, y Albania, porque la información disponible sobre este pequeño país es escasísima.

Excluyo también a los países antes miembros de la URSS por dos razones. En primer lugar, no está claro que pueda hablarse de una transición a la democracia en esos casos, ya que en la mayoría de las nuevas repúblicas independientes los regímenes actuales se encuentran bastante lejos de las prácticas democráticas y no existe una tendencia clara hacia la institucionalización de normas de este tipo. En segundo lugar, los análisis disponibles sobre la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se refieren casi en exclusiva a los procesos políticos centrales, es decir, moscovitas, y es ahora cuando está comenzando a generarse una bibliografía sobre la vida política de las repúblicas. Es decir, faltan los estudios monográficos que permiten una perspectiva comparada.

En definitiva, lo que sigue se refiere a estos países: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Estos cinco países forman dos grupos muy diferentes: el de aquellos cuyas primeras elecciones libres han sustituido a la anterior elite política comunista (Polonia, Checoslovaquia y Hungría, denominados a menudo como Europa Central-Oriental), y el de los países en que los antiguos comunistas siguieron ocupando la dirección del país gracias al voto de la población y bajo nuevos nombres, como el Frente de Salvación Nacional Rumano o el Partido Socialista Búlgaro. Rumania, Bulgaria y Albania han celebrado elecciones parlamentarias libres, pero el establecimiento de instituciones y hábitos democráticos en estos países parece ir muy por detrás del nivel alcanzado en los tres de Europa Central-Oriental.

La comprensión de la transición a la democracia en esta parte del mundo constituye un desafío para la ciencia política, que nunca antes se había enfrentado a un proceso semejante de derrumbe de regímenes totalitarios. Esta experiencia constituye algo muy diferente a la de los países totalitarios que perdieron la Segunda Guerra Mundial —Italia, Alemania, Japón— y que vieron aniquilado su modelo político como consecuencia de su derrota militar. En la Europa ex comunista, la ciencia política tiene la ocasión, por primera vez, de observar regímenes totalitarios que se transforman en democracias a partir de un proceso endógeno, es decir, sin imposición exterior del nuevo marco político.

Dicho esto, conviene matizar de inmediato un aspecto que podría ser discutible: el de hasta qué punto podían considerarse totalitarios los regímenes socialistas-comunistas de estos países en los años ochenta. Parece claro que muchas de las características que definían el modelo totalitario tal como fue elaborado por Hannah Arendt o por Juan Linz, por citar algunos, habían

desaparecido de las sociedades de Europa del Este en la década de los ochenta. Esencialmente se había evaporado el elemento movilizador, revolucionario o ideológico que había provocado profundos cambios sociales y políticos en los años cincuenta y parte de los sesenta. Los partidos comunistas y las elites dirigentes ya no pretendían seguir transformando sus sociedades, a pesar de que lo conseguido quedaba muy lejos de los ideales que motivaron a muchos en los años anteriores. El adoctrinamiento político masivo cesó completamente. El espíritu y la retórica revolucionarios se sustituyeron por lo que Ken Jowitt (1983) denominó «el neotradicionalismo», refiriéndose a la URSS, y otros han llamado «el pacto social» entre gobernantes y gobernados (Hankiss, 1989), que incluía la aceptación de un pluralismo de intereses y la mejora del nivel de vida como único objetivo político.

Sin embargo, otros elementos constitutivos del modelo totalitario seguían plenamente vigentes, especialmente el control estatal de la vida económica y el control del partido único sobre la actividad estatal. Podría decirse que esto no constituye un aspecto tan diferencial de Europa del Este si se piensa en el enorme peso que el Estado tiene, o tenía, en la vida económica de muchos países de América Latina. Grandes monopolios, mercados nacionales muy protegidos, industrias ineficaces subvencionadas, una gran población dependiente de los presupuestos estatales y, como consecuencia, una deuda exterior inmanejable son problemas compartidos por varios países de América Latina y Europa del Este.

Ahora bien: el grado de penetración del Estado en la actividad económica era en Europa del Este mucho mayor que en América Latina. En ningún país de esta zona el Estado controlaba el 90 por 100 de los puestos de trabajo, como ocurría en cualquier país del Pacto de Varsovia —excluyendo a Polonia, cuya agricultura estaba en manos privadas—. Por otra parte, la intervención económica del Estado era de naturaleza distinta, produciendo diferentes consecuencias políticas. El pleno empleo y el igualitarismo salarial, por ejemplo, que eran premisas básicas de la política económica socialista, nunca tuvieron fuerza real en América Latina.

La política regía sobre la economía en un sentido mucho más claro en la Europa socialista que en América Latina: en el segundo caso, la acumulación de recursos económicos puede traducirse en poder político, aunque es obvio que también ocurre lo contrario, es decir, que los individuos con poder político pueden convertirlo en poder económico; sin embargo, en la Europa del Este el poder económico sólo era accesible desde el poder político (véase Guenov, 1991).

Utilizando la expresión del economista János Kornai (1980), «el presupuesto flexible» era más flexible en Europa oriental que en América Latina.

Con esta expresión Kornai se refiere a la peculiar relación entre Estado y empresas en los países socialistas, ya que éstas tenían asegurada la ayuda económica estatal, fuera cual fuera su resultado. Pues bien: esta disposición del Estado a acudir en socorro de las empresas formaba parte esencial de los regímenes socialistas, estaba anclada en el centro de la ideología obrerista, mientras que en las dictaduras americanas la política proteccionista era una de las posibles, y no la única, como demostraron Chile o Brasil con sus medidas liberalizadoras en un contexto autoritario (1).

## II. LA NATURALEZA DEL CAMBIO

Las transiciones de la Europa del Este no suceden únicamente en el terreno político; no se trata sólo de un cambio del régimen de dominación del Estado y sobre el Estado, del paso de una dictadura a una democracia, sino de una crisis global del sistema económico, social y político. Un aspecto clave y diferencial es el hecho de que el objeto de la transición, el Estado en sí, se ha transformado sustancialmente durante el cambio, en un sentido mucho más amplio que en el del paso de una dictadura a una democracia. Es decir, no se trata sólo de que el Estado haya disminuido su capacidad de inmiscuirse en la vida de los ciudadanos, mediante la consolidación legal de las libertades individuales y políticas, y de que el control de ese Estado se haya abierto a reglas democráticas; se trata de que el enorme poder del Partido-Estado-Empresas que formaba la trinidad del socialismo se ha derrumbado y, con ello, el poder del Estado como tal ha quedado reducido a una débil sombra de lo que era. Es imposible deslindar la crisis política de la económica en los inicios del cambio, porque en el socialismo ambos terrenos eran uno mismo, con una vida económica que carecía de toda independencia respecto al Estado y al Partido y una vida política dedicada a la dirección económica (Bruszt, 1989).

Los nuevos gobiernos democráticos surgidos tras las elecciones libres tienen mucho menos poder social, económico y político que sus antecesores, y no sólo por la creación o sus inicios de un Estado de Derecho, sino por la reducción sustancial de sus competencias reales, aunque a menudo no formales. Expresamente, los nuevos gobiernos tienen tantas competencias como sus predecesores sobre las empresas de titularidad estatal, es decir, sobre la

---

(1) Véase PRZEWORSKI (1991), con una visión diferente a ésta, que subraya los aspectos comunes entre América Latina y Europa del Este desde la perspectiva de los costes políticos de las reformas económicas.

práctica totalidad de las empresas —hablando *grosso modo*; esto habría que matizarlo respecto a Polonia y Hungría, en las que el sector privado tiene ya un cierto peso—, y, por tanto, su capacidad de dirigir la vida económica debería estar intacta. En la realidad, el proceso de descomposición de la capacidad de los gobiernos de los países del Este para dirigir la actividad económica comenzó hace más de diez años, y el continuo y progresivo deterioro de esa función directiva permitió el desarrollo de la crisis económica actual (véase Kaminiski, 1989).

Los nuevos gobiernos han heredado un sistema en disgregación y no cuentan ya con el elemento cohesivo que era antes el partido único. En su ausencia, los nuevos gobiernos no tienen aún mecanismos para garantizar la obediencia ni de los dirigentes de empresas estatales ni de los funcionarios de la Administración pública. El imperio de la discrecionalidad política que era el socialismo real no puede ser sustituido en cuestión de meses por el imperio de la ley, a pesar de que todos los Parlamentos de la zona trabajan a un ritmo febril para crear un nuevo marco jurídico. En el intervalo actual, en que las estructuras de autoridad antigua ya no funcionan y las nuevas no se han desarrollado por completo, el caos, la imprevisibilidad y la ingobernabilidad son la norma.

Como dice Ralph Dahrendorf, se ha producido «el colapso del centro». «El vocabulario usado aquí es importante: las estructuras existentes se perdieron, se derrumbaron. El proceso fue en primera instancia un proceso de desmantelamiento y destrucción» (Dahrendorf, 1990, 4-5).

El objeto de la transición, el Estado, se ha debilitado y tiende a reducir su ámbito, porque la transición a la economía de mercado se plantea a la vez que la transición a la democracia política, lo que implica que la vida económica se independice clara y definitivamente de la dirección estatal.

La reducción del ámbito estatal es además un requisito para la consolidación de las nuevas democracias, que necesitan para sobrevivir la formación de grupos sociales independientes económicamente del Estado, precisamente porque la democracia política es inimaginable en un sistema en que el Estado controla la totalidad de los puestos de trabajo del país.

Por otra parte, el hecho de que el socialismo no fuera sólo un sistema diferente de dominación política, sino todo un sistema económico y social alternativo, impide considerar estas transiciones como acabadas. Es cierto que los acontecimientos se han desarrollado con una inusitada rapidez, pero también es cierto que estas transiciones apenas acaban de empezar, y la tarea que les queda por delante para llegar a una situación de democracia competitiva estable es mucho mayor de lo que era, por ejemplo, la labor del primer Parlamento democrático español de 1977. Todavía están vivos muchos de los

elementos que definían a estas sociedades como socialistas, especialmente la economía nacionalizada (véase Csanadi y Bunce, 1991).

Una consecuencia relevante de esta diferente naturaleza del cambio en el este de Europa, en relación con las transiciones de las que se ha ocupado hasta ahora la ciencia política, es su carácter mucho más complejo, que configura un proceso más abierto y sujeto a mucha mayor imprevisibilidad e incertidumbre.

La amplitud de los cambios efectuados y pendientes en la Europa socialista puede sugerir el uso del término revolución en lugar del de transición, como expresión más ajustada al carácter global del cambio, que afecta a la vez a la vida económica, cultural, social y política, además de alterar el marco internacional y los equilibrios geoestratégicos. De la misma forma que se habla de la «revolución burguesa» o de la «revolución socialista» podría hablarse de la «revolución anticomunista» de la Europa del Este, porque sus cambios no son menos drásticos que los de aquéllas. Sin embargo, la palabra revolución tiene un eco de voluntariedad y dirección que aquí está ausente, y parece necesitar un «impulso revolucionario» que en el Este apenas existe. Este impulso es completamente secundario al lado del aspecto crucial, que es el del propio derrumbe del sistema socialista y la escasa resistencia de la clase dirigente ante el cambio político (2).

### III. LA CUESTION NACIONAL E INTERNACIONAL

A diferencia de los regímenes autoritarios de América Latina y Europa del Sur, las dictaduras socialistas de Europa del Este no eran productos nacionales, originados por la dinámica política propia de cada país. Eran, al contrario, imposiciones soviéticas realizadas por la fuerza de las tropas de ocupación tras la Segunda Guerra Mundial. El socialismo consistió en cada país en la copia de las instituciones de la URSS, con modelos e ideologías totalmente ajenos a la cultura nacional. De la misma forma, desde 1947 hasta 1989, la URSS y sus tropas estacionadas en la mayoría de estos países constituyeron la única garantía de supervivencia de los regímenes socialistas de Polonia, Checoslovaquia, la República Democrática de Alemania y Hungría, donde la población nunca llegó a conceder legitimidad al sistema socialista (3). Así, según una encuesta realizada en 1980, el 76 por 100 de los

(2) Timothy Garton Ash ha acuñado el término «refolution», algo entre reforma y revolución, para denominar el proceso de cambios en Europa Oriental (ASH, 1990).

(3) Sobre los intentos de legitimación de los regímenes socialistas, véanse T. H. RIGBY y FEREC FEHER (1982), DANIEL NELSON (1984 y 1988), STEPHEN WELCH (1987), IVAN VOLGYES (1987) y RUDOLF TÖKÉS (1988).

checoslovacos, el 72 por 100 de los polacos y el 52 por 100 de los húngaros pensaban que el socialismo funcionaba mal o muy mal en sus países (4).

CUADRO 1  
¿QUE TAL FUNCIONA EL SOCIALISMO EN LA PRACTICA  
EN SU PAIS? (1980)

|                      | <i>Bien<br/>o muy bien</i> | <i>Mal<br/>o muy mal</i> | <i>No sabe</i> |
|----------------------|----------------------------|--------------------------|----------------|
| Checoslovaquia ..... | 12                         | 76                       | 12             |
| Hungría .....        | 34                         | 52                       | 14             |
| Polonia .....        | 15                         | 72                       | 13             |

FUENTE: Nelson, 1988.

CUADRO 2  
SI SE PRODUJERA UN CONFLICTO IMPORTANTE ENTRE LA URSS  
Y LOS ESTADOS UNIDOS,  
¿CON QUIEN ESTARIAN SUS SIMPATIAS? (1981)

|                      | <i>Con<br/>los EE. UU.</i> | <i>Con<br/>la URSS</i> | <i>Ninguno<br/>o no contesta</i> |
|----------------------|----------------------------|------------------------|----------------------------------|
| Checoslovaquia ..... | 67                         | 6                      | 27                               |
| Hungría .....        | 53                         | 16                     | 31                               |
| Polonia .....        | 64                         | 9                      | 27                               |

FUENTE: Nelson, 1988.

En cuanto a Rumania y Bulgaria, países mucho más aislados respecto a Occidente en la etapa socialista, no existe ninguna información de este tipo sobre el nivel de aceptación de los regímenes de Ceaucescu y Zhivkov. A juzgar por los acontecimientos posteriores, el hecho de que los partidos sucesores de los comunistas ganaran las primeras elecciones democráticas hace pensar que el asentimiento con el sistema político y económico era allí más

(4) Estas encuestas fueron realizadas en Europa Occidental a viajeros procedentes de estos tres países. El hecho de que la muestra esté sesgada —obviamente, no toda la población de esos países tenía la misma probabilidad de viajar al extranjero— ha arrojado muchas dudas sobre la fiabilidad de los datos, pero encuestas posteriores realizadas con más rigor dentro de los respectivos países han obtenido resultados muy semejantes, lo que vendría a confirmar la fiabilidad de la fuente. Véase, sobre esto, NELSON (1988).

fuerte que en Europa Central-Oriental, sin que pueda ahora medirse de ninguna forma esa diferencia.

En Polonia, Checoslovaquia y Hungría el proceso democratizador sólo pudo comenzar cuando desapareció el apoyo exterior al régimen, es decir, cuando la crisis de la Unión Soviética fue tan grave que ya no pudo seguir manteniendo el control sobre los países de su frontera occidental.

Como dice Samuel Huntington (1990), esta ola democratizadora de Europa del Este se produce como parte del derrumbe de un imperio, al igual que ocurrió en lo que él llama la primera ola democratizadora, producida tras la Primera Guerra Mundial, y en la que se incluyen Polonia, los Estados bálticos y Austria.

El cambio sólo ha sido posible gracias a la crisis de la Unión Soviética, enfrascada en una progresión del gasto militar en la carrera de armamentos con los Estados Unidos mucho más allá de lo que aconsejaba su potencia económica real. La URSS permitió la ruina de su economía nacional para mantener el gasto de la competencia tecnológica militar hasta un punto en que el deterioro resultó irreversible, y cuando la *perestroika* o reestructuración se planteó, fue interpretada por los países subordinados como la señal evidente de una derrota. Sin embargo, las elites reformistas de estos países tuvieron que esperar hasta la renuncia clara a la doctrina Breznev —que proclamaba el derecho de la URSS a intervenir en su espacio de seguridad hacia Occidente—, realizada en 1989, para confirmarse en la independencia de su país y emprender su propia vida política. En palabras de András Bozoki (1991, págs. 22 y 64):

Aunque ninguna guerra tuvo un papel en los cambios de 1989, sí lo tuvo la comprensión importante de que el bloque soviético había perdido la guerra fría en la década de los años ochenta.

Los países de Europa Central y del Este tuvieron que esperar a la profundización de la crisis soviética, a la emergencia de Gorbachov, pero no pudieron estar seguros de que la nueva dirección soviética había abandonado realmente la doctrina de Breznev hasta 1989. Por ello, el proceso de transición fue retrasado una década y comenzó desde una posición económica peor.

La democratización del Este habría sido imposible sin esta crisis soviética y la consiguiente dejación de sus prerrogativas como potencia imperial sobre sus antiguas colonias europeas (véase Przeworski, 1991). De la misma forma que los regímenes socialistas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Alemania Oriental eran el resultado de una conquista extranjera, sólo la derrota militar de la potencia ocupante, en una peculiar guerra fría, permitió el inicio del proceso de democratización.



De esta forma, y a diferencia de las transiciones de América Latina y Europa del Sur, en estos países el paso a la democracia ha venido acompañado de una recuperación de la soberanía nacional, perdida durante más de cuarenta años.

Pero la cuestión nacional no se agota en esta relación entre independencia y democratización. Esta recuperación de la soberanía nacional supone a la vez el resurgimiento de las disputas nacionales del período de entreguerras, acalladas durante la *pax sovietica*, por lo que el objeto de la transición, el Estado, está sujeto a conflictos en cuanto a su ámbito espacial. Estos conflictos son mucho más fuertes en Europa Oriental de lo que eran, por ejemplo, en España las tensiones autonomistas o separatistas durante el período de transición. Para las nuevas democracias, ésta es una de las fuentes de inestabilidad más importante, porque es imposible crear un sistema político y económico consolidado si no se establecen las «solidaridades básicas» que están en la raíz de la convivencia de una nación. En palabras de G. Schöpflin, 1990, pág. 33):

Es extremadamente difícil construir un sistema democrático en ausencia de una sociedad civil, y la sociedad civil difícilmente se mantiene cuando faltan las solidaridades básicas que proceden de una coexistencia social estable y antigua.

El «factor internacional» desempeña un papel completamente diferente en las transiciones de Europa del Sur y América Latina y en las de los países socialistas. En primer lugar, es diferente la situación de partida, porque el apoyo de una gran potencia a los regímenes autoritarios de derechas, como fue el caso de Estados Unidos respecto a algunas dictaduras de América Latina, fue menos influyente en la vida política local de cada país que el papel de la URSS respecto a Europa del Este. En segundo lugar, las presiones exteriores democratizadoras han tenido un papel mucho menos importante en los países socialistas que en la Europa del Sur por parte de la Comunidad Europea o en América Latina con presiones desde Europa (véase Whitehead, en O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986). De la misma forma, las organizaciones internacionales de partidos políticos han ejercido una presión en la Europa del Sur y en América Latina que no ha existido en el Este, debido principalmente a la carencia de organizaciones internas de oposición, ni siquiera clandestinas, en los países socialistas (exceptuando al sindicato Solidaridad en Polonia).

Pero más importante es el hecho de que el Este formaba un universo económico diferente, con una integración muy débil en la economía capitalista. Reducidos los contactos humanos y económicos, la principal presión po-

lítica exterior sobre el Este era la que se ejercía indirectamente a través de la guerra fría y el bloqueo a las transferencias de tecnología. Aunque algunos autores han enfatizado el papel de la Conferencia de Helsinki de 1975 en la promoción de los valores democráticos en la Europa socialista, mi opinión es que su efecto interno, vía disidencia, no ha podido ser más fuerte de lo que era esa propia disidencia, es decir, muy débil.

Los países socialistas en los que la reforma política comenzó antes fueron los más dependientes de los créditos internacionales, Polonia y Hungría, los dos con la mayor deuda externa *per capita*. Esta deuda externa creaba una limitación a la soberanía nacional, que se añadía a la otra limitación, mucho más fuerte, respecto a la URSS, y puesto que de ambos mundos procedían presiones en sentido contrario —hacia la mercantilización desde Occidente y hacia el estatismo-obrerismo desde la URSS—, el resultado fue la parálisis de la dirección económica, la ambigüedad y la «deriva» de la vida política (véanse Hutchings, 1989, y Völgyes, 1989).

Sin embargo, ha sido crucial el papel demostrativo de las democracias y las economías de mercado europeas occidentales, como muestra permanente de que, en condiciones geográficas y culturales semejantes, otro sistema económico y político producía mejor calidad de vida. Este efecto ejemplificador ha sido una fuente de deslegitimación permanente para unos regímenes que, desde principios de la década de los años sesenta, habían concentrado sus esfuerzos legitimadores en conseguir un nivel de vida aceptable (5). Usando los términos de Feliks Gross (1990, pág. 21):

(...) pero en nuestro tiempo existen los medios de comunicación de masas, la radio y sobre todo la televisión, con sus efectos visuales poderosos y su semejanza con la experiencia directa. La gente aprendió —y el mensaje se repetía y repetía continuamente— que la vida puede ser diferente no sólo en términos de libertad, sino también de bienestar y confort.

El carácter «foráneo» de las dictaduras socialistas de Europa del Este es el motivo que explica la rapidez y simultaneidad con que se han producido los cambios, uno de los aspectos que resultan más llamativos y que contrasta poderosamente con los procesos democratizadores de América Latina y Europa del Sur, que consumieron un período de tiempo mucho más largo. Si tomamos como fecha de inicio las elecciones semidemocráticas polacas de

---

(5) El hecho de que el régimen socialista cubano esté rodeado de países que combinan a la vez tendencias autoritarias con pobreza económica es una razón importante, a mi juicio, de la persistencia del castrismo. En ese caso, el «efecto demostrativo» de los países vecinos es negativo.

junio de 1989 —que dieron la victoria a Solidaridad— y como final las elecciones generales de Checoslovaquia y Bulgaria, celebradas ambas en junio de 1990, y que habían venido precedidas por las de Alemania Oriental, Hungría y Rumania, tenemos una veloz sucesión de cambios producidos en doce meses y de forma casi simultánea en seis países.

El «efecto de contagio», que animaría a las fuerzas democráticas de un país a elevar sus exigencias o a las conservadoras a replantearse su actitud a la vista de la democratización del país vecino —el caso español respecto a Portugal, por ejemplo—, no basta para explicar la simultaneidad de lo ocurrido en Europa del Este. Más bien se trata de una causa exterior común: la desaparición de la amenaza soviética. De pronto, el cambio político era posible, algo que había estado fuera de las perspectivas de los actores durante décadas. Bastó que un país pasara la prueba, que se comprobara que la Unión Soviética no intervenía contra Polonia tras la victoria de Solidaridad, para que los límites de la acción posible, tal como eran percibidas por los actores políticos, se transformaran completamente. En el caso de los países donde los elementos democratizadores eran más débiles o donde los regímenes comunistas tenían mayor aceptación popular, como en Bulgaria, el aislamiento político internacional que se produjo en torno a ellos a lo largo de 1989 y 1990 —y que se convirtió también en aislamiento económico con la crisis del mercado soviético y la paralización del CAME— constituyó un factor importante de motivación al cambio.

#### IV. EL FACTOR MILITAR AUSENTE

A diferencia de las dictaduras del sur de Europa y de América Latina, en las que los ejércitos nacionales tenían un peso político fuerte y a menudo dominante, en los países socialistas del Este de Europa la influencia política de los militares fue muy débil.

Los ejércitos de la zona —excluyendo a Polonia— carecen de tradición intervencionista, y durante la etapa de transición no dieron ninguna muestra de voluntad política propia. A pesar del control político de su dirección y de la utilización del servicio militar como etapa de adiestramiento ideológico a los jóvenes, los ejércitos eran manifiestamente pasivos en la vida política.

Las nuevas democracias de Europa Central-Oriental han nacido con una fuerte sensación de indefensión militar, que debe comprenderse en el marco histórico que ha originado la debilidad de sus ejércitos nacionales. Los regímenes socialistas europeos constituían dictaduras cuya última razón de fuerza era exterior; es decir, eran las tropas soviéticas estacionadas en todos estos

países las que garantizaban la pervivencia del comunismo y no los ejércitos propios, que se mantuvieron al margen de la vida política (6). Como se recordará, no fueron las respectivas tropas nacionales, sino las soviéticas, las que aplastaron la revuelta húngara de 1956 y la primavera de Praga de 1968. De hecho, los ejércitos nacionales permanecieron inmóviles o incluso apoyaron a los insurgentes, como ocurrió con algunas unidades en Hungría.

Exceptuando a Polonia, los ejércitos de estos países carecían del prestigio nacional que se espera de las fuerzas armadas de un país soberano, precisamente porque éstas eran naciones ocupadas y tanto su población como sus dirigentes eran conscientes del papel subordinado y superfluo de sus propias unidades militares. Los ejércitos nacionales estaban diseñados para formar parte de un engranaje militar, el del Pacto de Varsovia, que ya no existe. Dentro de ese engranaje, algunas funciones centrales, como la defensa aérea o el puente aéreo, estaban reservadas a las tropas soviéticas, que ahora han desaparecido ya de Hungría y Checoslovaquia, aunque aún se mantienen en Polonia. Las nuevas democracias han descubierto que sus ejércitos no están equipados, ni humana ni tecnológicamente, para desarrollar el papel de defensa móvil, de despliegue rápido, que se espera de ellos en esta etapa, y este descubrimiento viene acompañado de una crisis presupuestaria profunda que impide la modernización de los recursos militares.

El hecho es que los tres países están reduciendo sus gastos militares desde 1989, disminuyendo el tamaño de sus ejércitos y acortando la duración del servicio militar. Así, Checoslovaquia ha reducido sus gastos militares de 4.500 millones de dólares en 1989 a 2.700 millones en 1991, Polonia ha pasado de 3.200 millones a 1.700 millones y Hungría ha descendido desde 1.700 millones hasta 800 millones en el mismo período (véase Clarke, 1992). Los ejércitos respectivos están sufriendo estos recortes sin las actitudes de rebeldía e insubordinación al poder civil que podrían haberse esperado en cualquier país latinoamericano en circunstancias semejantes.

Sólo en Rusia y en Polonia los ejércitos constituyen instituciones de prestigio como depositarios de la identidad nacional y sólo en estos dos países han cumplido algún papel político relevante y visible. En Polonia, el golpe militar encabezado por el general Jaruzelski en 1981, y en la URSS, el intento de golpe de Estado en 1991, han sido las dos únicas actuaciones políticas sustanciales de los ejércitos en todo este período.

Esto constituye una enorme diferencia entre la situación de otras dictaduras apoyadas por una superpotencia, como las iberoamericanas de los años setenta y su relación con Estados Unidos, y las de Europa del Este en relación con

---

(6) Véanse, sobre Hungría, BARANY (1989), y sobre Checoslovaquia, ORBMAN (1992).

la URSS. Exceptuando a Polonia, en ningún otro país del bloque ha podido contar la URSS con un ejército local dispuesto a mantener por la fuerza la estabilidad comunista, mientras que los ejércitos iberoamericanos han participado a menudo, y de forma decidida, al lado de los Estados Unidos en el control social y político del continente. Por otra parte, en el caso polaco, hay que enmarcar el golpe militar de Jaruzelski en la percepción general, en 1981, de que se avecinaba una intervención soviética para acabar con Solidaridad y reimponer el orden político. Es evidente que, en esa eventualidad, Polonia se habría encontrado con la misma pasividad occidental que recibió Checoslovaquia en 1968 y Hungría en 1956, por lo que debe entenderse la actuación de Jaruzelski también como una medida preventiva en la defensa nacional. Más adelante, a partir de 1985, el Ejército polaco fue el impulsor de reformas políticas democratizadoras, con una actitud más favorable al cambio que la del POUP (Partido Obrero Unificado Polaco), lo que indica su escasa lealtad al orden socialista.

#### V. LOS ACTORES POLITICOS.

##### ELITE COMUNISTA, PARTIDOS, «SOCIEDAD CIVIL» E IGLESIAS

Todos los regímenes autoritarios sudeuropeos o iberoamericanos de la década de los años setenta se enfrentaron a alguna forma de oposición política, ya fuera clandestina, de guerrilla, de masas o en el exilio. A diferencia de éstos, en los países socialistas europeos no existió más forma de oposición organizada estable que la llamada disidencia intelectual, excluyendo el caso polaco (véase Tökés, 1979). El descontento de la población durante estos cuarenta años de socialismo en la Europa del Este se expresó con estallidos de protestas populares en las décadas de los años cincuenta y sesenta, que no crearon después de su represión estructuras de oposición, ni siquiera clandestinas. A mi juicio, la comprensión de este fenómeno es todavía una tarea pendiente.

El control estatal de los puestos de trabajo, y con ello de los medios de vida de toda la población, se convierte en un arma de represión política más fuerte que las habituales en una dictadura de derechas, pero si en estas condiciones Solidaridad pudo formarse, es necesario encontrar las razones que explican por qué no ocurrió otro tanto en los demás países. Por otra parte, la represión violenta y la cárcel para los opositores pertenecen a la primera etapa de la consolidación socialista, anterior a 1960 —excepto en Checoslovaquia después de 1968—, y si de comparar se trata, no hay noticias de que en Europa del Este se haya producido desde entonces ningún episodio equi-

valente a las atrocidades efectuadas por las dictaduras de Pinochet o de Videla ni de que se haya torturado a presos políticos como se hizo en la España de los últimos años franquistas. Y, a pesar de ello, en Chile, Argentina y España existían organizaciones y movimientos populares que desafiaban a la dictadura, mientras que en la Europa Oriental sólo Polonia seguía esta vía.

En cualquier caso, sea cual sea el origen de la ausencia de oposición, que no puede explicarse únicamente por razones represivas, el hecho sustancial y relevante en el momento de la transición es que en ninguno de los países del Este, siempre exceptuando a Polonia, existían fuerzas organizadas, al margen de los propios partidos comunistas, con un programa o propuestas para la nueva etapa (véase Comisso, Dubb y McTigue, 1991). La oposición intelectual, o disidencia, la única existente, no imaginaba ni preveía la posibilidad de un cambio sustancial en el marco internacional ni en el nacional y no había elaborado propuestas para el futuro.

Cada régimen produce su propio tipo de oposición, y la de la Europa Oriental era víctima del infantilismo-paternalismo que denunciaba —el paternalismo del Estado, que «infantilizaba» y desresponsabilizaba a sus ciudadanos—. Instalada en su posición de eterna opositora, más o menos tolerada, y en Hungría hasta exhibida como muestra del respeto a los derechos humanos en el kadarismo, la oposición no llegó a plantearse su propia responsabilidad en el país hasta que estuvo convertida en el nuevo poder parlamentario. Pero hasta llegar allí, e incluso después, el anticomunismo ha sido su principal seña de identidad, y a menudo ha intentado seguir legitimándose por su oposición al pasado debido a su dificultad para ofrecer alternativas realistas a los problemas más importantes, especialmente los económicos (7).

Contra esta hipótesis que afirma el escaso papel de la oposición popular en la transición a la democracia en la Europa socialista, se levanta otra interpretación mucho más extendida que otorga a esa oposición popular un papel crucial (véanse Di Palma, 1990, y Molnar, 1990a y 1990b). Di Palma, por ejemplo, comentando el error de los politólogos que vaticinaban una larga vida al sistema soviético, reconoce que los observadores habían sobreestimado la fuerza de los regímenes comunistas y que por ello habían infravalorado la de la «sociedad civil». Sin embargo, mi opinión es que ahora sobrevaloran la de la sociedad civil. Como dicen László Bruszt y David Stark (1991, página 202):

La sobrevaloración de la fuerza de los grupos democráticos en 1989 fue una consecuencia directa de la sobrevaloración de la fuerza de los Partidos-

---

(7) Sobre el anticomunismo en la transición húngara, véase BAYER (1991). Sobre las deficiencias de los programas económicos de las nuevas fuerzas políticas, véase LAKI (1991).

Estados comunistas en la época anterior. Si unos meses antes los regímenes totalitarios de la región se suponían poderosos, estables e inmutables, su repentino fallecimiento sólo podía explicarse por fuerzas igualmente poderosas organizadas para la democracia (...). La imagen contraria contiene su propia dosis de error, pero probablemente está más cerca de la realidad: más que Estados fuertes enfrentándose a sociedades fuertes, los casos más típicos de los cambios en Europa del Este en 1989 fueron momentos en los que Estados débiles se encontraban frente a sociedades débiles. En lugar de Partidos-Estados poderosos, esta imagen ofrece burocracias molestas pero débiles, incapaces de alcanzar los objetivos de crecimiento económico e integración social, encabezadas por líderes desmoralizados cuya fe en sus propias ideologías se había marchitado de prisa con el agotamiento de sus programas políticos y económicos. Desde esta perspectiva, resulta ya inapropiado invocar la imagen de una «sociedad democráticamente organizada» como el agente que derroca al viejo régimen. Por supuesto, los ciudadanos de Europa del Este actuaron en 1989. Pero, con la excepción de Polonia, estas sociedades civiles eran extraordinariamente débiles, sin organizaciones de raíces firmes entre los ciudadanos, sin líderes con experiencia en la política nacional, sin programas económicos y sociales elaborados y sin tradiciones de hábitos y prácticas democráticas firmemente enraizadas.

La desintegración interna de la elite gobernante parece tener un papel más importante en el inicio de las transiciones de Europa del Este que en las de América Latina o Europa del Sur, con la gran diferencia para el analista exterior de que no ha trascendido a Occidente información periodística sobre ella. Existe muy poca información elaborada sobre lo que ocurrió en estos países en los años anteriores a 1989. Hungría y Polonia son las dos naciones que han producido más estudios, pero realmente se sabe muy poco de los conflictos internos de las elites en Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, República Democrática de Alemania, etc. Por este motivo, el observador extranjero que se incorpora al análisis en el momento del derrumbe del régimen socialista, lo que ve es la explosión en la calle y el rápido cambio político, y concluye, en mi opinión demasiado apresuradamente, que la primera es el principal motivo de lo segundo. La hipótesis de que la concentración semanal de varias decenas de miles de personas en Leipzig, durante algunas semanas, fue la causa principal del derrumbe del régimen socialista en la antigua República Democrática de Alemania —por mencionar un país en que la oposición popular fue visible y persistente— contradice todo lo que sabemos sobre la naturaleza de los regímenes socialistas europeos. ¿Cómo es posible que un régimen con un grado de control sobre las instituciones y sobre la sociedad muy superior al de cualquier dictadura de derechas y que ya ha demostrado previamente su disposición a defenderse con las armas —como ocurrió en la revuelta

de Berlín de 1953 o cada vez que se descubría un intento de huida a Occidente— abdique tras unas semanas de manifestaciones en una pequeña ciudad en lugar de impedir las concentraciones o simplemente ignorarlas?

El peso político de los manifestantes alemanes fue de segundo orden en comparación con el problema de la sangría de población hacia la República Federal de Alemania que se inició con la apertura de la frontera húngaro-austríaca en el verano de 1989 y la posterior decisión checa de permitir también la salida hacia Occidente de los alemanes llegados a su territorio. Con ello, los dirigentes de la República Democrática de Alemania tuvieron que optar entre cerrar sus fronteras con el Este y quedar sumidos en el mayor aislamiento internacional o bien dar un paso de huida hacia adelante abriendo el muro de Berlín e intentando ponerse a la cabeza del proceso de cambio. Con o sin las manifestaciones de Leipzig, el régimen socialista alemán oriental habría quebrado, aunque quizá sin la presión en la calle eso habría ocurrido algo más despacio.

Es imposible entender los cambios sucedidos desde 1989 en el este de Europa sin comprender el problema económico que ha desintegrado la cohesión interna de la elite socialista (véase Tökés, 1984 y 1990); pero la mayoría de los politólogos pasa sobre ese terreno de puntillas, y esta desatención a la economía obliga a sobrevalorar el papel de «la sociedad civil» para encontrar un motivo del derrumbe.

La definición del término «sociedad civil», tal como se está utilizando en referencia a Europa Oriental, es demasiado amplia y ambigua, y lo mismo se refiere a los comerciantes privados que a las iglesias o a los antiguos disidentes. Como dice György Schöpflin, «la definición de la sociedad civil era más fácil y más clara cuando podía establecerse contra el poder totalitario: una vez que ese poder ha desaparecido, el proceso se hizo cada vez más complejo» (Schöpflin, 1991, pág. 241) (8).

Expresado de otro modo: la sociedad civil resultaba definible y su rastro podía perseguirse cuando el investigador dedicaba su atención a encontrar muestras de terrenos no controlados o semicontrolados por el Partido-Estado. Pero cuando el Partido ha desaparecido o ha quedado diezmado y el Estado se encuentra debilitado, resulta imposible seguir usando un criterio similar, y donde antes se afirmaba que el crecimiento de «la sociedad civil» derribó al régimen socialista, ahora se descubre que «la sociedad civil» es inexistente o aún muy débil para la consolidación de una democracia.

---

(8) También EKJERT (1991) discute el uso del término «sociedad civil» referido a la Europa socialista.



Schöpflin (1991, pág. 242) continúa argumentando que el concepto de sociedad civil como ente opuesto al Estado es

un vestigio del sistema de valores campesino, con su desconfianza frente a la complejidad y su correspondiente aprobación de la simplicidad. El grueso de los que formaron la clase obrera [en las revueltas anticomunistas de los años cincuenta] eran o bien directamente la primera generación fuera de la tierra o no muy alejados de los valores campesinos, sobre todo porque no habían sido integrados en ningún sistema de valores alternativo que enfatizara la complejidad, la interrelación y la naturaleza contraproducente de las soluciones simples. En este sentido, el mito de la sociedad civil contra el Estado adquirió considerable fuerza como una fuente de resistencia a los regímenes, y este mito está lejos de haber desaparecido en el poscomunismo.

El proceso de fractura de la elite dirigente socialista fue más amplio y rotundo en la Europa Central-Oriental que en las transiciones de América Latina o Europa del Sur (véase Comisso, Dubb y McTigue, 1991). En el caso típico de las dictaduras militares, el poder político de los ejércitos fue reduciéndose lentamente tras el paso a una democracia civil, y a veces quedó intacto y como una amenaza permanente a las nuevas instituciones. En cualquier caso, no desapareció, como sí ha ocurrido con los partidos comunistas de la Europa del Este.

En todos los países del área, desde Bulgaria hasta la República Democrática de Alemania, se experimentó un proceso similar de fragmentación y disolución de los partidos comunistas. Todos sin excepción cambiaron de nombre y se proclamaron socialdemócratas o «socialistas democráticos», perdieron el grueso de su militancia y quedaron reducidos a un 5 o 10 por 100 de su tamaño anterior (9). La celebración de las primeras elecciones libres supuso su separación del poder político en la antigua República Democrática de Alemania, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, aunque no así en Rumania, Bulgaria y Albania, donde, como ya se ha dicho, los partidos sucesores de los antiguos comunistas, como el Frente de Salvación Nacional de Rumania o el Partido Socialista búlgaro y el albanés, consiguieron obtener la mayoría en las primeras elecciones.

Esta disolución de los partidos comunistas se produjo en todas partes al margen de si habían tenido un papel promotor o resistente ante los cambios políticos. Es decir, el partido checo o el alemán oriental, con una actitud inmovilista y conservadora, sufrieron la misma suerte que el húngaro o el

---

(9) El proceso de crisis y disolución de los partidos comunistas en Europa del Este ha sido objeto de pocos estudios, a pesar de constituir una pieza central del cambio político. Véanse, para el caso húngaro, GONZÁLEZ (1991) y el estudio monográfico de CSANADI (1991).

polaco, mucho más proclives al pacto y a encabezar el movimiento reformista (sobre las distintas estrategias de las elites comunistas, véase Bruszt y Stark, 1991). Su derrota electoral en todos los países de Europa Central-Oriental, al margen de cuál fuera su comportamiento en los últimos años, es la demostración palmaria de que ninguno de estos partidos comunistas consiguió una aceptación social amplia de su ocupación del poder político.

Esta constituye otra notoria diferencia respecto a América Latina y Europa del Sur, donde en muchos casos las fuerzas políticas que expresaban una continuidad con el pasado obtuvieron muy buenos resultados electorales y pudieron seguir gobernando en el marco democrático —como la propia UCD española—, mientras que en Europa Central-Oriental se produce una ruptura total.

La debilidad organizativa y propositiva de la oposición al socialismo real, junto con la experiencia del derrumbe del régimen, ha causado un importante descrédito de las instituciones, incluyendo a los partidos políticos y los sindicatos. En palabras de György Schöpflin (1990, pág. 32),

la experiencia del fracaso es otro factor negativo. Aunque el sistema que fracasó era considerado en general como extraño y ofensivo a las tradiciones nacionales, a nadie le gusta ser asociado con una empresa en quiebra. E incluso si la mayoría consideraba el sistema de tipo soviético como ilegítimo, aun así tenían que vivir con él y hacer sus compromisos personales con él. En cierto nivel, esto les asoció inevitablemente con el fracaso, al margen de que fueran miembros del partido o no. Esto tiende a promover una actitud derrotista y una cierta irresponsabilidad, puesto que si nadie va a ser hecho responsable del fracaso, el propio concepto de responsabilidad se debilitará.

A su vez, este desprestigio de las instituciones y la debilidad de los partidos ha realzado el papel de las personalidades en la vida política y permite la aparición de fenómenos como el del polaco Tyminski, el candidato a las elecciones presidenciales polacas de 1990, un millonario recién llegado al país, sin ninguna participación en la vida política anterior, sin programa ni partido y cuyo principal «activo» era su propia figura de hombre enriquecido. Las personalidades de la nueva vida política son a menudo intelectuales, como el autor teatral Vaclav Havel en Praga o el poeta Sándor Csóori y el filósofo János Kis en Budapest, cuyo discurso tiende a la moralidad y al lenguaje filosófico y poético, poco apropiado para la vida política de una democracia compleja (10).

(10) Esta preeminencia de los intelectuales humanistas en la vida política de la transición y en los primeros gobiernos democráticos supone un freno a las políticas de cambio hacia una economía de mercado, ya que tanto por su forma de vida, dependiente de los presupuestos

El partido típico que ha surgido de la quiebra del socialismo real es un conglomerado con muy poca coherencia ideológica, agrupando corrientes que se encontraron unidas cuando el único objeto de su actividad era la crítica a lo que quedaba del régimen socialista en sus últimos meses, pero que en la actualidad carecen ya del elemento cohesivo anterior. En su seno conviven ideologías políticas muy distintas, que en una democracia europea consolidada se situarían en partidos diferentes, y esta amalgama dificulta la elaboración de una imagen clara y entorpece la comunicación de los partidos con la sociedad (véase Ekiertt, 1991).

La debilidad de los partidos políticos en Europa del Este está relacionada también con el largo tiempo de duración de las dictaduras socialistas. La vida de los regímenes autoritarios latinoamericanos generalmente no sobrepasó los veinte años, un período que permitía, con la restauración de la democracia, la vuelta a la actividad de los anteriores líderes y de las organizaciones de los partidos. A diferencia de ellos, en Europa del Este la vida de la dictadura fue de más de cuarenta años —una duración semejante a la del franquismo español—, con la desventaja respecto a España o a Portugal de que el período de normalidad democrática en que pudieron formarse los partidos antes de la dictadura fue en algunos casos de meses y en otros simplemente inexistente. Excluyendo a Checoslovaquia, de todos los demás países del área puede decirse que pasaron de regímenes autoritarios de derechas, vigentes en el período de entreguerras, a «la dictadura del proletariado» tras la Segunda Guerra Mundial. Por ello, la transición supone la creación *ex-novo* de partidos políticos, lo que provoca mucha mayor inquietud entre la población, carente de referentes históricos nacionales para entender a las nuevas formaciones.

Junto a estos nuevos partidos, que constituyen la espina dorsal de la vida política actual, se encuentran los partidos que han renacido, los llamados «históricos»; éstos tuvieron una vida muy breve antes de la dictadura socialista, desarrollada además durante el período turbulento de la Segunda Guerra Mundial y los meses inmediatamente posteriores, por lo que nunca llegaron a penetrar en la cultura política nacional hasta el punto de convertirse en referencias ideológicas claras. Una prueba de esto es la nula capacidad que han mostrado estos partidos, cuando han vuelto a la actividad, para atraer a sus filas a los jóvenes. Su militancia se nutre esencialmente de personas que ya eran miembros del partido en los años cuarenta, es decir, que se encuentran ahora por encima de los sesenta años de edad, y su percepción de la realidad,

---

estatales, como por su formación, poco proclive a la comprensión de los problemas económicos, este grupo social se encuentra escasamente motivado o interesado hacia las complejidades de la transición económica. Véase SCHÖPFLIN (1990).

su ideología y su programa han quedado anclados en otra época (véase González, 1991).

Algunos han visto en el papel de la Iglesia católica como fuerza democratizadora una característica común a todos los procesos de transición a la democracia en Europa del Sur, América Latina y Europa Oriental. Samuel Huntington, por ejemplo, argumenta que ésta es una característica de lo que llama «la tercera ola democratizadora», iniciada en Portugal en 1974 y que se extiende hasta 1989 (Huntington, 1991), y afirma que el peso democratizador de la Iglesia católica en Europa del Este se muestra en el papel pionero desempeñado en la transición por los dos países más católicos del bloque: Polonia y Hungría.

Es evidente la importancia política en Polonia de la Iglesia católica y su papel crucial en la oposición al régimen socialista (11), pero en el caso húngaro su papel en la transición ha sido nulo. Huntington se refiere al papa Juan XXIII y al Concilio Vaticano II, que produjo «creciente oposición a los gobernantes autoritarios por parte de sacerdotes y obispos» (Huntington, 1990, pág. 39). Sin duda, esto es cierto en Polonia, pero está muy lejos de la realidad en el caso húngaro, donde la Iglesia católica se encontraba en armonía con el poder político. Incluso había legitimado esta armonía con la llamada «teología de la diaconía» o «del servicio», que justificaba su colaboración con las instituciones socialistas (véanse Ramet, 1991, y Michel, 1991).

Al igual que ocurre con los ejércitos, el protagonismo político de las iglesias en la Europa del Este está relacionado con su importancia como depositarias de las identidades nacionales. Allí donde la Iglesia católica se ha convertido históricamente en un baluarte cultural nacional contra las amenazas exteriores —como es el caso de Polonia, rodeada de países ortodoxos y protestantes—, ha mantenido una mayor autonomía respecto al régimen socialista y ha sido un refugio para la oposición política. Allí donde la Iglesia católica ha sido identificada con potencias extranjeras, su peso político en el socialismo ha sido minúsculo. En definitiva, en Europa del Este no puede examinarse el papel político de la religión sin comprender a la vez sus implicaciones en la definición de cada nación en términos culturales.

Junio de 1992

---

(11) Conviene matizar el carácter democratizador de la intervención política de la Iglesia católica en Polonia señalando las tendencias autoritarias e integristas que esa Iglesia ha mostrado cuando su influencia sobre Solidaridad le ha permitido un acceso indirecto al poder político. Véase SABRINA P. RAMET (1991).

## BIBLIOGRAFIA

- ARENDRT, Hannah: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1981.
- ASH, Timothy Garton: *The magic lantern. The revolution of '89 witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin and Prague*, Nueva York, Ed. Random House, 1990.
- BAYER, József: «Antikommunizmus Magyarországon» (Anticomunismo en Hungría), en *Magyarország politikai év-könyve, 1991* (Anuario político húngaro), Budapest, Ökonómia Alapítvány, 1991, págs. 242-249.
- BARANY, Zoltán: «Military higher education in Hungary», en *Armed Forces and Society*, vol. 15, 1989, págs. 371-388.
- BOZOKI, András: *The Hungarian transition in a comparative perspective* (Informe presentado al Institute für die Wissenschaften vom Menschen), Viena, 1991.
- BRUSZT, László: «The dilemmas of economic transition in Hungary», en *Südosteuropa*, núm. 38, págs. 716-729.
- BRUSZT, László, y STARK, David: «Remaking the political field in Hungary: from the politics of confrontation to the politics of competition», en *Journal of International Affairs*, vol. 45, núm. 1, 1991, págs. 201-245.
- CLARKE, Douglas L.: «Central Europe: Military cooperation in the Triangle», en *RFEIRL Research Report*, vol. 1, núm. 2, 1992, págs. 42-45.
- COMISSO, Ellen; DUBB, Steven, y MCTIGUE, Judy: *The illusion of populism in Latin America and Eastern Europe* (Informe presentado a la reunión de la Asociación de Ciencia Política Húngaro-Americana), Budapest, diciembre de 1991.
- CSANADI, Maria: «The diary of decline: a case-study of the desintegration of the party in one district in Hungary», en *Soviet Studies*, vol. 43, núm. 6, 1991, págs. 1099.
- CSANADI, Maria, y BUNCE, Valerie: *A systematic analysis of a non-system: post-communism in Eastern Europe* (Informe presentado a la reunión de la Asociación de Ciencia Política Húngaro-Americana), Budapest, diciembre de 1991.
- DAHRENDORF, Ralf: «Roads to freedom: Democratization and its problems in East Central Europe», en PETER VOLTEN (comp.), 1990, págs. 5-18.
- DI PALMA, Giuseppe: «Le transizioni democratiche in Europa orientale. Una prospettiva comparata», en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, núm. 2, agosto 1990, págs. 203- 242.
- EKIERT, Grzegorz: «Democratization Processes in East Central Europe. A Theoretical Reconsideration», en *British Journal of Political Science*, vol. 21, parte III, 1991, págs. 285-313.
- GONZÁLEZ, Carmen: *La transición a la democracia en Hungría (1988-1990)* (tesis doctoral), Madrid, UNED, 1991.
- GROSS, Feliks: «The end of the communist parties», en *Il Politico*, marzo 1990, páginas 17-30.
- GUENOV, Nikolai: «La transición a la democracia en Europa Oriental: tendencias y paradojas de la racionalización social», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 128, junio 1991, págs. 349-360.
- HANKISS, Elemér: «Demobilization, self-mobilization and quasi-mobilization in Hun-

- gary, 1948-1987», en *East European Politics and Societies*, vol. 3, núm. 1, invierno 1989, págs. 105-151.
- HUNTINGTON, Samuel: «Democratization and security in Central and Eastern Europe», en VOLTEN, 1990, págs. 35-50.
- «Democracy's third wave», en *Journal of Democracy*, vol. 2, núm. 2, primavera 1991, págs. 12-34.
- HUTCHINGS, Robert: «Leadership drift in communist systems of the Soviet Union and Eastern Europe», en *Studies in Comparative Communism*, vol. XXII, núm. 1, 1989, págs. 5-9.
- JOWITT, Ken: «Soviet neotraditionalism: the political corruption of a leninist regime», en *Soviet Studies*, julio 1983, págs. 275-297.
- KAMINSKI, Bartłomiej: «The anatomy of the directive capacity of the socialist state», en *Comparative Political Studies*, abril 1989, págs. 66-92.
- KARL, Terry Lynn, y SCHMITTER, Philippe: «Modos de transición en América Latina, Europa del Sur y Europa del Este», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 128, junio 1991, págs. 283-300.
- KORNAI, János: *A hiány* (La escasez), Budapest, Ed. Közgazdasági és Jogi Könyvkiadó, 1980.
- LAKY, Mihaly: «Economic programs of ex-opposition parties in Hungary», en *East European Politics and Societies*, vol. 5, núm. 1, invierno 1991, págs. 73-91.
- LINZ, Juan: «Totalitarian and authoritarian regimes», en GREENSTEIN y POLSBY (comp.): *Handbook of political science*, Addison-Wesley, 1975.
- MICHEL, Patrick: *Politics and religion in Eastern Europe*, Cambridge, Ed. Polity Press, 1991.
- MOLNAR, Miklós: *La démocratie se lève à l'Est*, París, Ed. Press Universitaires, 1990a.
- «Le rôle de la société civile dans les révolutions de l'Est européen», en *Cadmos*, otoño 1990, págs. 44-53.
- NELSON, Daniel N.: «Charisma, control and coercion: the dilemma of communist leadership», en *Comparative Politics*, vol. 17, octubre 1984, págs. 1-15.
- *Elite-mass relations in communist systems*, Nueva York, Macmillan Press, 1988.
- ORBMAN, Jan: «The Czechoslovak armed forces: the reform continues», en *RFE/RL Research Report*, vol. 1, núm. 2, 1992, págs. 46-52.
- O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Philippe, y WHITEHEAD, Laurence (comp.): *Transiciones desde un gobierno autoritario*, 4 tomos, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- PRZEWORSKI, Adam: «The "East" becomes the "South"? The "autumn of the people" and the future of Eastern Europe», en *Political Science and Politics*, vol. XXIV, núm. 1, 1991, págs. 20-24.
- *Democracy and the market*, Cambridge, University Press, 1991.
- RAMET, Sabrina: «The new church-state configuration in Eastern Europe», en *East European Politics and Societies*, vol. 5, núm. 2, primavera 1991, págs. 247-267.
- RIGBY, T. H., y FEHER, Ferenc (comp.): *Political Legitimation in Communist States*, Londres, Ed. The Macmillan Press, Ltd., 1982.
- SCHÖPFLIN, György: «The prospects for democracy in Central and Eastern Europe», en PETER VOLTEN (ed.), 1990, págs. 19-34.

- «Post-communism: constructing new democracies in Central Europe», en *International Affairs*, vol. 67, núm. 2, 1991, págs. 235-350.
- TÓKÉS, Rudolf (comp.): *Opposition in Eastern Europe*, Londres, Ed. Macmillan Press, 1979.
- «Hungarian reform imperatives», en *Problems of Communism*, vol. 33, octubre 1984, págs. 1-23.
- «The science of politics in Hungary in the 1980s: People, ideas and contradictions», en *Südsteuropa*, vol. 37, núm. 1, 1988, págs. 8-32.
- *Hungary's new political elites: adaptation and change, 1989-90* (Informe presentado a la reunión de la Asociación Húngaro-Estadounidense de Ciencia Política), San Francisco, agosto 1990 (versión resumida en *Problems of Communism*, diciembre 1990, págs. 44-65).
- VOLTEN, Peter (comp.): *Uncertain futures: Eastern Europe and democracy*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1990.
- VÖLGYES, Ivan: «Political culture», en AA.VV.: *Ungarn*, 1987, págs. 191-212.
- «Leadership drift in Hungary: empirical observations on a normative concept», en *Studies in Comparative Communism*, primavera 1989, págs. 23-41.
- WELCH, Stephen: «Issues in the study of political culture - The example of communist party states», en *British Journal of Political Science*, vol. 17, octubre 1987, páginas 479-500.